

gua, Colecciones del siglo XVIII, Raccolta del IV Centenario, etc. hasta la obra de P. E. Taviani). El océano documental sobre el Descubrimiento, los frecuentes desacuerdos y las numerosas polémicas tienen sus límites en la COLECCIÓN DOCUMENTAL porque esta obra ha sido realizada con amplitud de miras y utilizando la mayor firmeza y constancia en el trabajo que ha conducido a unos resultados absolutamente positivos, más allá de la audacia de algunos y los pingües beneficios de otros que ha llevado a numerosas y, a veces, pintorescas secuencias y logros. La transcendencia de los hechos permitía la ganancia de avezados pescadores sazónando el producto con un halo de misterio y una nota nacionalista propia del centenario anterior.

Esta Colección Documental del Descubrimiento, 1470-1506, pasa a ser un instrumento imprescindible de trabajo, un instrumento preciso, fidedigno y manejable como quiere su autoría; si el índice no ocupara 40 páginas sería incluido en esta reseña por lo que no podemos ni debemos evitar la consulta directa de los tres tomos aunque solamente fuera usado como instrumento docente.

En conclusión, no podemos menos de, al felicitar a quienes han puesto todo su empeño en la calidad del trabajo y de la publicación, felicitarnos por la conclusión de esta COLECCIÓN DOCUMENTAL COLOMBINA. Felicitación especial para las entidades editoras Real Academia de la Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Fundación «Mapfre-América» y particularmente a Juan Pérez de Tudela.

M. CUESTA DOMINGO

CHAVES MENDOZA, Álvaro; MORALES GÓMEZ, Jorge, y CALLE RESTREPO, Horacio: *Los Indios de Colombia*. Editorial Mapfre-América. Madrid, 1992. 349 páginas; OSSIO, Juan M.: *Los Indios del Perú*. Editorial Mapfre-América. Madrid, 1992. 304 páginas; HERNÁNDEZ, Isabel: *Los Indios de Argentina*. Editorial Mapfre-América. Madrid, 1992, 335 páginas.

Formando parte de las *Colecciones Mapfre 1492*, y dentro de la dedicada a los *Indios de América*, los tres libros que comentamos se encaran con el compromiso de ofrecer una visión integral y globalizadora del pasado y el presente de las poblaciones indígenas que vivieron y sobreviven en Sudamérica.

Siguiendo las directrices marcadas por el director de la Colección, el Profesor Claudio Esteva Fabregat, los autores desarrollan su obra a partir de una estructura que contempla los tres grandes períodos que marcan la metodología de la investigación y la docencia en el campo del americanismo: Período Prehispánico, Período Hispánico y Período Independiente y Contemporáneo: Enunciados que respetan escrupulosamente, Álvaro Chaves Mendoza, Jorge Morales Gómez y Horacio Calle Restrepo para presentar cada una de las tres partes de *Los Indios de Colombia* que estudian respectivamente.

Juan M. Ossio, en *Los Indios del Perú*, no necesita explicar la periodización para presentar su obra dividida en las tres partes que define como la «Época Prehispánica», «El Gran Encuentro» y «Los indígenas y la República Peruana».

En la obra de Isabel Hernández, *Los Indios de Argentina*, se mantienen como un subtítulo para epígrafes que matizan el mismo contenido: Primera Parte «Los orígenes (Período

Prehispánico); Segunda Parte «La conquista y colonia (Período Hispánico)» y Tercera Parte «Desde la Independencia a la actualidad (Período Independiente y Contemporáneo)».

Lo específico de la temática y de la problemática de cada uno de esos tres períodos, para cuyo estudio es preciso recurrir a fuentes y metodologías de carácter muy diferente, representan un desafío para cualquier estudioso que se enfrente con un proyecto de tal complejidad en el que, indudablemente, se advertirá siempre un cierto desequilibrio en el tratamiento de fuentes y bibliografía.

En el estudio de *Los Indios de Colombia*, el riesgo de ese desequilibrio se ha obviado al encargarse tres especialistas de cada una de las partes del libro. Pero se echa en falta una introducción o un epílogo que, proponiendo reflexiones o conclusiones generales, den coherencia a una visión de conjunto de un tema que está bien tratado y documentado en sus partes, pero que no queda suficientemente definido ni siquiera a partir de la incorporación de unos apéndices consistentes en una secuencia cronológica de situaciones y acontecimientos que abarcan desde el 11740 a. de C. al año 1990 d. de C., y en una selección de menciones biográficas de personajes, indígenas en su mayoría; entre ellos, algunos líderes de organizaciones indígenas de Colombia.

En la Primera Parte, Álvaro Chaves ofrece un estudio estructurado en seis capítulos que recorren el período prehispánico desde las primeras evidencias de poblamiento hasta la llegada a Bécata de la hueste de Jiménez de Quesada.

Sin abrumar al lector con referencias excesivas a fechas, cronologías y periodizaciones establecidas por los estudios arqueológicos a los que, no obstante, se remite con oportunidad, dedica los cuatro primeros capítulos al estudio de los grupos étnicos y de las culturas locales asentadas en las regiones costeras atlántica y pacífica, y en las interiores de los Andes y la Amazonía hasta la aparición de los que el autor denomina cacicazgos etnohistóricos a los que dedica el capítulo quinto. Las culturas Sinú, Quimbaya, Sonso y de Nariño que florecieron en el siglo XVI son descritas con el aporte que al dato arqueológico añaden las fuentes coloniales: crónicas que recogieron la tradición oral sobre su pasado histórico, y la documentación administrativa; si bien la referencia a éstas queda reducida apenas a alguna cita de la obra de Fray Pedro Simón, al igual que ocurre con el tratamiento dado en el capítulo sexto a las «Confederaciones de Aldeas» que describe las de los grupos Muisca y Tairona. Chaves Mendoza se mueve con más seguridad en la bibliografía arqueológica que conoce y utiliza con seguridad y despojándola de sus descripciones más áridas por excesivamente técnicas.

Mayor dominio de la información de crónicas y fuentes documentales tiene Jorge Morales Gómez para ampliar y completar, en la Segunda Parte del libro «El Período Prehispánico», el bosquejo trazado en sus dos últimos capítulos por Chaves Mendoza.

Porque, en efecto, como Morales Gómez dice ante «*La diversidad cultural de los grupos étnicos existentes en el territorio colombiano a comienzos del siglo XVI, hace que sea más apropiado tratarlos por etnias durante todo el período colonial más que por aspectos generales*» (p. 94). Y así, en efecto, dedica este capítulo segundo al octavo de esta Segunda Parte, al análisis de los datos sobre Taironas, Chimilas, Sinúes, Chocó, Quimbayas, Muiscas y otros grupos marginales de acuerdo con un esquema general que repite en cada capítulo y que contempla desde la fase de la conquista a la reacción ante ella, sin desatender el problema de la crisis demográfica y la decreción de las poblaciones, tema éste que es también tratado de forma general en el capítulo primero.

Esta sucesión de informes monográficos cultura por cultura, alcanza en la obra de Morales Gómez el valor de comprobar el planteamiento general de los aspectos que marcan la política colonial en la Nueva Granada, y las instituciones que encauzaron esa política. Planteamiento que se ofrece en el capítulo primero, en el que se analizan, además de la catástrofe demográfica, la Encomienda y la Mita, o las consecuencias de la evangelización en las creencias y modos de vida de los diferentes grupos étnicos. Morales Gómez dedica especial atención al estudio de los Resguardos Indígenas. Una institución que jugó siempre un papel importante como compromiso de la Corona Española entre su política proteccionista para el indígena y sus intereses económicos y fiscales, y que a pesar de los efectos negativos que tuvieron sobre ellos las reformas borbónicas representaron durante la independencia y el siglo XIX una garantía que preservó el derecho de propiedad de la tierra, al extenderse los títulos de propiedad a nombre de las comunidades.

El Resguardo constituye, de este modo, una verdadera frontera étnica y un elemento identificador del indígena: «*si se es indio, se vive en un resguardo y sujeto a un Cabil-do y a la propiedad colectiva*» (p. 113). Esto es especialmente significativo en un país en que, como señala Morales Gómez al referirse en el capítulo séptimo a la figura del cacique muisca de Turmequen el mestizo D. Diego de Torres, el proceso de desindigenización como consecuencia del creciente mestizaje, era firme y galopante (p. 186). Es uno de los puntos en que insiste en las brevísimas conclusiones que se enuncian en el capítulo noveno y último de esta Segunda Parte del libro.

En la Tercera Parte, «Período Independiente y Contemporáneo», Horacio Calle Restrepo sigue la misma pauta al dedicar sendos capítulos, del tercero al noveno, al estudio de la situación actual de otros tantos grupos étnicos desde los Wayus y Koguis, o los Emberaes, que ocupan los espacios que otrora controlaron Taironas y Chocó, hasta los Huitotos, ocupantes de la región selvática del Amazonas.

Pero, al igual que hiciera Morales Gómez, también en esta Tercera Parte los capítulos primero y segundo plantean la situación general que puede hacer comprensible, por la diversidad de circunstancias y situaciones, la complejidad de la problemática del indígena colombiano; porque «*en Colombia no hay una sola historia indígena*» (p. 210).

Como paradigma de esas diferencias, se analizan las causas y consecuencias del movimiento guerrillero liderado en la región del Cauca por el indígena Quintín Lama, en la segunda década de nuestro siglo, como respuesta al expolio de las tierras de comunidad de los resguardos, decretada por el gobierno. Razones bien distintas —la presión ejercida sobre los indígenas de la Amazonía por los concesionarios de las compañías caucheras— determinaron un intento fallido y fácilmente sofocado hasta la casi total extinción de aquéllos. Sus supervivientes sufren todavía las consecuencias de aquella situación y de los desplazamientos de la frontera peruano-colombiana, determinadas por el conflicto fronterizo de 1932. La conquista no ha terminado. La desintegración socio-cultural de las etnias no ha supuesto su total desaparición.

La situación del indígena colombiano hoy es analizada en un segundo capítulo que recoge en cuadros y mapas la nómina, los datos demográficos y la localización de las ochenta y una etnias que justifican la organización de diversos Congresos Regionales Indígenas agrupados en la Organización Indígena de Colombia.

El resto de los capítulos están dedicados, como decíamos, a la descripción con un marcado carácter etnográfico, de los rasgos culturales de las más significativas de ellas, y de mayor entidad demográfica.

Es, precisamente, esa diversidad cultural que en el espacio andino cobra posiblemente mayor relevancia que en el resto del continente americano, la consideración que Juan M. Ossio toma como base para centrar en ella el estudio de *Los Indios del Perú*, en un espléndido trabajo que destaca por la solidez de sus planteamientos y la brillantez de su desarrollo.

Porque la diferencia de lo que se advierte en el ámbito más septentrional de ese espacio que hoy corresponde a la República de Colombia, en la región central, el Perú actual, se observa sobre esa diversidad cultural, determinada por la diversidad ecológica, una tendencia homogeneizadora, consecuencia no sólo de la larga convivencia de diferentes grupos humanos, sino de procesos derivados de una matriz cultural común.

Al análisis de los rasgos de ese proceso homogeneizador de la diversidad que cristaliza en la Época Prehispánica y que se mantiene, aunque con pautas diferentes, en la Colonia para ser ignorado en los comienzos del Período Republicano en su afán de propugnar la igualdad entre todos los ciudadanos, se orienta el trabajo de Ossio en las tres partes de su libro.

La Introducción que las precede, prepara al lector para seguir la exposición y discusiones de los temas tan sugerentes como brillantemente planteados a lo largo de todas sus páginas.

Sobre todo porque proporciona las claves para la comprensión de ese análisis al reflexionar sobre los problemas y dificultades que entraña el acercamiento y la comprensión de las culturas de las comunidades indígenas, cuya realidad ha podido ser desfigurada, bien por una percepción peyorativa o por otra tendente a la mitificación del indio y de lo indio desde los presupuestos de las corrientes indigenistas.

En efecto, en todos aquellos países de América en que se ha tenido que tomar conciencia de la realidad de una población indígena como componente de sus sociedades nacionales, las posturas han cambiado desde una apropiación de lo indígena para legitimar sus reivindicaciones de independencia a una valoración negativa del «bárbaro incivilizado» como obstáculo para las propuestas de una nueva colonización del territorio que ocupaban. Para finalmente, como es el caso peruano, y éste es el tema de uno de los más brillantes capítulos del libro de Ossio (el segundo de la tercera parte), dejar paso a un nuevo indigenismo que busca una valoración más objetiva del indio.

Esta valoración sólo puede hacerse sobre la base de un conocimiento riguroso de su pasado que debe conseguirse a partir de la aplicación del método etnohistórico, valorando los datos que proporcionan las fuentes escritas que recogieron la primera visión que los estudiosos o los simples observadores de la cultura indígena nos han dejado en los documentos o en las crónicas desde el siglo XVI, y que como señala Ossio constituyen un «corpus» impresionante. Pero completando los vacíos de información de esas fuentes con la observación de los restos materiales de un pasado que nos brinda la arqueología y «con la evidencia etnográfica que deriva de las actuales comunidades campesinas y nativas» (p. 19).

El dominio de este método etnohistórico que es apenas una mención, pero sin estar definido en los otros dos libros que nos ocupan, proporciona a Ossio el bagaje necesario para conseguir un estudio modélico en su género.

En la Primera Parte, dividida en dos capítulos, dedica el primero de ellos, tras analizar las características del medio geográfico en el que se desenvuelven, a estudiar ese largo proceso que conduce al desarrollo de las altas culturas surgidas en el espacio andino con anterioridad al Imperio de los Incas, que es el tema de su segundo capítulo.

Las Culturas Prehispánicas son estudiadas en una secuencia cronológica que recoge en un cuadro sinóptico, en el que sitúa aquellas de las regiones de la Costa, Sierra y Selva, que va a tomar como referencia para analizar todo el proceso que media desde los albores del Hombre Andino, en el 12000 a. de C. y la larga etapa de complejización de la Sociedad que media entre el 4360 a. de C. y el comienzo del Horizonte Temprano o Chavín en 1400 a. de C.

Ese proceso de complejización de la Sociedad, previo al surgimiento de la cultura Chavín, le permite observar que la correlación agricultura/sociedad compleja, no funciona siempre en los Andes como atestigua la presencia de grandes conjuntos monumentales arquitectónicos del período precerámico, tanto de la Costa como de la Sierra.

Sin abusar de los tecnicismos de la terminología arqueológica, Ossio va ofreciendo una síntesis clara y escueta de los últimos resultados conseguidos por los estudiosos del tema.

Desde la cultura Chavín a la Chimú, el largo proceso que supone la aparición del Estado en sus formas más incipientes (Mochica, Nazca) hasta la cristalización de su madurez en Huari, y el surgimiento de los Estados expansivos (Chimú, Lupaca, Huanca), el autor subraya los rasgos de ese pluralismo cultural de los grupos étnicos que fueron asentándose en el espacio andino hasta el fin del Horizonte Tardío, desde el año 1000 d. de C., hasta que éstos fueron subyugados por los Incas.

Ossio advierte que el mapa de estos grupos étnicos es una tarea que todavía está por hacerse, porque muchos de ellos como el Chimú no desaparecieron ni con los Incas ni con la administración colonial, ni con la republicana.

Su estudio requiere todavía de una refinada aplicación del método etnohistórico, y ésto en la misma medida que el del Imperio de los Incas que es el tema del capítulo segundo, y en cuyo análisis Ossio se muestra escrupuloso ante la falta de datos fiables por la dificultad de desentrañarlos en la interpretación que de la tradición oral se hizo por los primeros cronistas, muy alejados de los esquemas conceptuales de sus informantes.

Pero a pesar de esas cautelas, el dominio que tiene en el manejo de las fuentes escritas y su aplicación al establecimiento de los marcos teóricos que sustentan el análisis de corte funcionalista o estructuralista en que se basa el estudio de las culturas andinas, el cuadro que Ossio elabora de la historia y la cultura de los Incas supone una magnífica interpretación de sus rasgos más significativos. Desde el análisis de los mitos de origen y el proceso de expansión desde el Cuzco para lograr el control de todo el Tahuantinsuyu, hasta el estudio de la organización sociopolítica establecida por el grupo inca a partir de los complejos mecanismos de la reciprocidad y la redistribución, ningún aspecto de la cultura incaica queda fuera de su exposición.

Su análisis lo lleva a sustentar la interpretación de una sociedad modelada con un gran sentido de adaptación a la realidad, alejándose de aquellas que han venido considerándola como una formación rígida en la que las capacidades individuales quedaron diluidas en las exigencias de un Estado monolítico. La pluralidad cultural del Perú mantuvo su vigencia aún bajo las pautas homogeneizantes que trascienden sobre nuevos presupuestos en la nueva etapa que se abre con la conquista.

Esta es analizada por Ossio en la Segunda Parte de su libro como «El Gran Encuentro» que no es contemplado al hilo de una secuencia de acontecimientos históricos coyunturales, sino como la alteración del orden cósmico que había regulado la relación del poder cuzqueño con sus pueblos sometidos, y la de los componentes de estos mismos entre sí. Y lo hace a partir de la visión y de la interpretación que de esa alteración nos ha dejado el cronista indígena Felipe Guaman Poma de Ayala, a cuya obra ha dedicado el autor los mayores empeños de su larga trayectoria de investigador.

Por esta razón se centra en la visión que el indígena tuvo de lo español, que justifica su actitud de resistencia a una ideología dominante que le fue impuesta y que se plasma en una serie de revueltas que han alentado bajo antiguos símbolos religiosos, cuya continuidad revela que el hombre andino no ha terminado de perder su propia identidad.

Es una continuidad que tiene una expresión mesiánica, cuya «*estructura reposa sobre una forma mística de ver el tiempo, el espacio, el orden social, y sobre todo un sistema de relaciones sociales donde parentesco y matrimonio cumplen un papel preponderante en la asignación del status*» (p. 181).

Es éste del parentesco y el matrimonio un tema que retoma en el capítulo tercero de la Tercera Parte del libro en la que «Los Indígenas y la República Peruana» son sometidos a estudio. En el primero, se detiene en la reflexión sobre las consecuencias que ha tenido para las comunidades indígenas la tendencia del Estado republicano a considerar tanto al territorio como al conjunto humano que lo ocupa, como un todo homogéneo, desconociendo la pluralidad cultural del país.

Destaca en este mismo capítulo el carácter artificial de la unidad nacional que en realidad sigue sustentando la milenaria asimetría Costa-Sierra, que desde los principios de la Colonia ha invertido sus términos al consagrar la hegemonía de Lima; lo que ha generado un profundo desequilibrio entre el centro y la periferia.

Esta situación ha propiciado tensiones y problemas cuya solución, según el juicio de Ossio, sólo puede pasar por una ruptura de «*los esquemas centralistas que obnubilan la mentalidad de las elites del país y que concentran todo el desarrollo económico en Lima y en aquellas otras ciudades de la costa en desmedro de los Andes y del resto del país*» (p. 217).

Como ya hemos dicho, el capítulo segundo de la Tercera Parte consiste en un riguroso análisis de los cambios que se han ido operando en las corrientes indigenistas, desde su nacimiento bajo los cauces del liberalismo decimonónico cuya mejor expresión son los escritos del puneño Juan Bustamante Dueñas, hasta el que Ossio considera un segundo indigenismo republicano. «Indigenismo redentorista» que surge en la costa con tintes no reivindicativos, como el preconizado por Bustamante, sino proteccionistas de la condición del indio que debe ser redimido más como un ser sometido a explotación que por su propia etnicidad. Es el pretexto para dar rienda suelta a ideologías políticas, aunque Ossio no le niega el mérito de haber promovido en los intelectuales un interés por acercarse a un mejor conocimiento de las comunidades indígenas.

Bajo el enunciado «El Pluralismo Cultural Peruano en el siglo XX», el desarrollo del capítulo tercero de la última parte, recoge la visión de esas comunidades, tanto las amazónicas como las costeñas o serranas, que participan a niveles muy diferentes en los procesos nacionales.

En total son cerca de 6.000 (4.492 reconocidas legalmente) asentadas en diecinueve de los veinticuatro departamentos del país y pueden albergar el 20 por 100 de la población total del Perú.

Sus relaciones se regulan de acuerdo con pautas prehispánicas vivificadas por el sistema comunal consagrado en las reducciones coloniales, incluso en aquéllas que han perdido el uso de sus lenguas vernáculas y sólo hablan español.

La experiencia personal de Ossio en sus trabajos de campo, que él contrasta con los datos contenidos en fuentes coloniales, le permiten constatar que esas pautas mantienen, aunque matizadas por un largo proceso de contacto cultural con otros principios foráneos, las viejas relaciones de parentesco basadas en los principios de la dualidad y la simetría; y también las normas que regulan no sólo los intercambios matrimoniales sino los de simples relaciones sexuales.

También en la pervivencia de un sistema comunitario que no ahoga la expresión de lo individual, advierte Ossio un potencial de creatividad y una capacidad de cohesión y de unidad en los que siguen vigentes los principios de un sistema jerárquico y de organización de la sociedad en mitades. La diversificación de una economía tradicional sustentada en actividades agropecuarias, que responden a viejos principios simbólicos, puede verse complementada con las transacciones de una economía de mercado.

Es un viejo juego dialéctico entre las continuidades y los cambios que sigue manteniendo el hombre de las comunidades, como en los primeros tiempos de la colonia, en una actitud de fascinación y de respeto casi reverente por lo foráneo. Pero su participación en los proyectos nacionales no es plena, ni siquiera a partir de la Reforma Agraria puesta en marcha por el gobierno de Velasco Alvarado, ni del vuelco vertiginoso que ha supuesto en la configuración de la sociedad peruana la concentración del 65 por 100 de su población en centros urbanos. Porque los migrantes de los pueblos jóvenes no se diferencian demasiado de los habitantes del campo. No se han asimilado a formas de vida urbanas y entre ellos proliferan movimientos religioso-políticos, pacíficos o violentos en los que a pesar de su lenguaje o ideología foránea subsisten los principios de un mesianismo que no ha perdido su sentido.

El diagnóstico de Ossio respecto a los Indios del Perú hoy, no es muy optimista: *«Mientras imperen el centralismo y la discriminación hacia el indio, por parte de los grupos dominantes, dudamos que éste pueda participar fluidamente en el conjunto nacional»*. Pero esta frase podría antojársenos como un artificio retórico que compense la crudeza de una acusación que lanza contra el sector urbano indígena de extracción rural al que considera en gran medida responsable de la actual crisis que agobia al Perú.

En el libro *Los indios de Argentina* su autora, Isabel Hernández, se empeña en un trabajo que es más de síntesis que de análisis de un tema que por su complejidad cuenta con una bibliografía muy extensa en cuanto a títulos, que suponen con frecuencia un tratamiento monográfico de aspectos parciales o puntuales que sustentan hipótesis y que conducen a conclusiones contradictorias y a veces controvertidas.

Y en ese esfuerzo, que ella misma confiesa que es arriesgado, la autora parece temerosa de omitir cualquier referencia bibliográfica que autorice o respalde el contenido de su propio texto y el tono de su propio discurso.

Como consecuencia de ello, el número quizá excesivo de las notas a pie de página e incluso en ocasiones su propia extensión, puede restar a este texto y a ese discurso la claridad y sencillez que agradecería un lector no especializado en el tema y que busque

en este libro un primer acercamiento a él, o una información fácilmente aprehensible en un planteamiento que no quede oscurecido por una erudición abrumadora.

Así, en su extensa Primera Parte, en tres densos capítulos que pueden constituir un buen manual de Arqueología, Isabel Hernández nos presenta un riguroso estudio de las seis áreas culturales en que sitúa a los grupos étnicos que ocupan el vasto territorio de lo que hoy es la República Argentina.

El capítulo primero está dedicado a la antigüedad del hombre en Argentina, centrándolo en los orígenes y tipo de poblamiento a partir de las hipótesis que como consecuencia de las críticas a las teorías de Florentino Ameghino, se han venido planteando hasta las conclusiones establecidas por equipos de investigadores en recientes exploraciones arqueológicas.

En el capítulo segundo recoge la información más actualizada con las aportaciones de los estudios de las dos últimas décadas sobre las culturas arqueológicas de las áreas culturales que integran el Extremo Sur, la Pampa y la Patagonia, y el Centro-Oeste en las Sierras Centrales y la región de Cuyo.

Con la misma exhaustiva meticulosidad, trata su exposición de las áreas del litoral y la Mesopotamia, el Chaco Austral y el Noroeste que son el tema del capítulo tercero. El indudable dominio de la bibliografía arqueológica de que hace gala en esta Primera Parte, no se corresponde con la endeblez de los argumentos y las reflexiones en que se aventura para, en este caso, sí, someter a su personal juicio de valor en la Segunda Parte del libro, «La Conquista y la Colonia (Período Hispánico)».

Un período que solamente es descrito con los negros tintes tremendistas de los indudables aspectos negativos que tiene cualquier proceso de conquista. Por otra parte, ésta queda relegada en un corto capítulo, el cuarto del libro, a una nómina de conquistadores y referencias de fechas en las que trata de establecer un paralelismo en la estrategia de ocupación de los frentes atlántico y pacífico del continente Sudamericano.

Pero aquí la traiciona su superficial conocimiento de una historia que, no obstante la abundancia de citas de fuentes y bibliografía, la lleva a decir textualmente: «*El tercer día de febrero de 1536, sobre la ribera occidental del Plata, Mendoza fundaba el puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre. A los pocos meses, el Adelantado y Alguacil Mayor Francisco Pizarro hacia lo propio sobre el Pacífico con Santa Rosa de Lima. La suerte de estas dos expediciones fue muy diferente: Pizarro pasó de Lima a la conquista del Imperio Inca...*» (p. 139).

Por otro lado, al definir simplistamente las Reducciones como «*indios que seguían viviendo en sus poblados, rendían tributo, pero conservaban mayor libertad de acción*» (p. 147), Isabel Hernández está justificando su escaso interés por conocer el funcionamiento de unas instituciones a las que ella fija como único objetivo el exterminio y el vaciamiento de la población aborígen.

A ese proceso de muerte y destrucción le dedica el capítulo quinto, al hilo del relato de rebeliones y alzamientos indígenas, con especial atención en el de Calchaquí. La mención a la acción evangelizadora, centrada exclusivamente en la referencia a las misiones jesuíticas completa el tema de la fase hispánica en la historia de las poblaciones indígenas. Isabel Hernández no deja de reconocer que, a pesar de todo, éstas siguieron teniendo la entidad y la capacidad de organización suficientes para constituir un elemento digno de consideración en el nuevo juego de relaciones que inauguraban las reformas



borbónicas y la creación del Virreinato del Río de la Plata. Aunque su intervención y participación activa en los conflictos bélicos de 1806 y 1807, y su contribución a la derrota del invasor inglés, no le valieron un reconocimiento de igualdad en la nueva etapa que se abre con la Revolución de mayo de 1810.

Una etapa que es estudiada en la Tercera Parte, dividida a su vez en dos capítulos. El primero de ellos, sexto del libro, contempla «La Construcción de la República y la Conquista del Desierto». Isabel Hernández hace notar que aunque en las Guerras de Independencia los indígenas tuvieron una participación que osciló entre una actitud de lealtad a las fuerzas realistas, traicionando las expectativas del elemento criollo, hasta una decidida alianza con las tropas de los libertadores, esas poblaciones marginales no vieron cambiar su suerte con el éxito de la revolución.

El indígena seguía siendo ignorado por los sucesivos gobiernos que lucharon por el poder en el territorio argentino, cuando en sus proyectos se introducía alguna medida que supusiera un cambio en el orden económico de las nuevas sociedades republicanas.

Y cuando los proyectos de una gran nación en expansión, pasaron por la conveniencia de ampliar la frontera agrícola y ganadera a costa del territorio que ocupaban las poblaciones indígenas, se emprendió la conquista del Desierto en sangrientas campañas que culminaron en 1885 y cuyo relato bien arropado en una copiosa bibliografía sobre el tema completa la visión que Isabel Hernández nos ofrece de la presencia indígena en la Argentina decimonónica.

El último capítulo de su libro lo abre con una coherente narración de las campañas del Chaco que, aunque se iniciaron en coincidencia con la ofensiva final de la conquista del Desierto, sólo puede darse por concluida a finales de 1917. Unas breves reflexiones sobre sus consecuencias, diferentes a la política de exterminio en el Desierto del Sur, dan pie a sus consideraciones escuetas sobre «Población Aborigen e Identidad Nacional», y a los tímidos intentos de integración del indígena, apenas reflejado en la mención en la legislación que reconoce la existencia de una población minoritaria, que representa un 1 por 100 del total del país.

Y aunque esta población presenta un alto grado de transculturación, nos dice Isabel Hernández que «*expresa manifestaciones culturales propias que despiertan prejuicios y propician comportamientos discriminatorios por parte de amplios sectores de la sociedad nacional*» (p. 269).

Si en algún sector de esa sociedad se alzan voces o se suscita una polémica en torno al tema indigenista, la autora parece considerarlo agotado en tibios manifiestos reclamando como tarea histórica imprescindible una toma de conciencia que, sin embargo, sí está presente, aunque ella no lo menciona, en una corta corriente literaria alejada de la cosmopolita y europeizante Buenos Aires, que alienta en autores como Héctor Tizón, al centrar su narrativa en la región de la Puna y los valles intermedios de Jujuy con sus habitantes indígenas y mestizos. Y es que en Argentina, como en el resto de la América que habla en español, el tema indigenista nutre una vena literaria todavía no agotada y que sin necesidad de hacerlo en un tono reivindicativo, expresa una realidad más o menos latente, pero realidad al fin. Testimonio de esa venerable voluntad de supervivencia que es, para Isabel Hernández, la razón de su inacabable resistencia.